

POESIA

## Centenario del natalicio de Barba Jacob

FERNANDO AYALA POVEDA

*"Vivir es esforzarse!"*

Barba Jacob

PORFIRIO BARBA JACOB, el más glorioso de los expedicionarios de Santa Rosa de Osos, recupera el 29 de julio de este año feliz de las letras nacionales, la carta triunfal de su segundo nacimiento. Invicto ante el temporal del olvido, Barba Jacob persiste en su viaje a la condición humana. Su poesía solar no ha perdido el vigor que le diera el espíritu de Colombia, Centroamérica y México. Al contrario, sus versos permanecen vivos y cálidos en los enamorados y en los sabios del dolor que constituyen la comunidad mestiza. Ante el umbral de su creación, la muerte sigue siendo el alimento para una vida clara. Su obra completa conocida esboza la situación del hombre ante el amor que se va y no regresa, ante la nostalgia que se hace canción, ante la niñez que nos hace nuevamente posibles. Cien años después de su nacimiento, Porfirio Barba Jacob significa con José Asunción Silva y Rafael Pombo, la raíz más profunda de la poesía colombiana. Sin Porfirio Barba Jacob, una historia de nuestra propia vida quedaría condenada al silencio. No existiría la puerta abierta para *"La Parábola del retorno"* ni para esa sucesión de pulsaciones que se llaman: *"Acuarimántima"*, *Canción de la vida profunda"*, *"Elegía de un azul imposible"*, donde apenas comienza su poesía.

Volver a Porfirio Barba Jacob en esta celebración, es volver sobre la nacionalidad, sobre la resina que llevamos en las manos, sobre la identidad que nos

caracteriza como hombres creadores ante el mundo. Este reconocimiento a la poesía de nuestro rebelde integral, forma parte de nuestro propio reconocimiento. Sobre el concierto de las naciones latinoamericanas, Barba Jacob ocupa un lugar legítimo y real como intérprete de nuestra divina tragedia. Las leyendas sombrías con las cuales se ha pretendido definir la contextura de su poética, han perdido la batalla y sus críticos agraviantes van siendo desterrados al olvido. Hoy, Maín Ximénez, Miguel Angel Osorio, Ricardo Arenales, que juntos son Porfirio Barba Jacob, refrenda el amor y la dicha de quienes han aprendido a leerlo como se lee el dolor o los códigos del misterioso corazón humano.

Aunque nuestro diestro de Santa Rosa de Osos, ha sido pensado como el poeta de la muerte, es necesario pensarlo como el poeta de la niñez, como el cazador de los caminos, como el sabio que dialoga con su carne fugaz, con sus sentidos y con la vitalidad de su entraña. Por encima de la amargura, Barba Jacob nos deja la vivencia de la felicidad que sigue siendo posible para los constructores de futuro. Su canción terrible, desolada, se desgarrar en la nostalgia por esa felicidad. Como Aurelio Arturo, Rafael Pombo, José Asunción Silva, Miguel Hernández, Cernuda y Machado, nuestro viajero se aproxima más a la muerte porque siempre ha estado más cerca de la palpación vital del universo. Durante muchos años, se nos ha entregado un poeta unilateral, clasificado como postmodernista, determinado por su nihilismo y su biografía amarga. Esa visión ya no nos resulta duradera. Para entrar en el reino de Porfirio Barba Jacob se necesita la desnudez y la conciencia de nuestra condición humana. Sólo así podremos ascender hasta sus viñedos de asombro. Entonces comprenderemos que su poesía es un jardín de senderos que se bifurcan y es una fruta dulce y ácida que tiene el don de despertar a los olvidados y a los que aparentemente están despiertos. Y también sentiremos que ella encierra el estremecimiento de la infancia, el regreso a nuestros amores y soledades, la iniciación a nosotros mismos.

Creemos que en esta verdad, halla su gloria y su adivinanza, la parábola de un hombre y de una poética que no necesita museos sino caminos, rutas y más caminos para iluminar otros tiempos, y otros corazones desconocidos.

Como un homenaje a Barba Jacob, en el centenario de su natalicio, publicamos a continuación algunas de sus poesías:

## EL CORAZON REBOSANTE

*El alma traigo ebria de aroma de rosales  
y del temblor extraño que dejan los caminos. . .  
A la luz de la luna las vacas maternas  
dirigen tras mi sombra sus ojos opalinos.*

*Pasan con sencillez hacia la cumbre,  
rumiando simplemente las hierbas del vallado;  
o bien bajo los árboles con clara mansedumbre  
se aduermen al arrullo del aire sosegado.*

*Y en la quietud augusta de la noche mirífica,  
como sutil caricia de trémulos pinceles,  
del cielo florecido la claridad magnífica  
fluye sobre su albura de sus lustrosas pieles.*

*Y yo discurro en paz, y solamente pienso  
en la virtud sencilla que mi razón impetra;  
hasta que, en elación el ánimo suspenso,  
gozo la sencillez que viene y me penetra.*

*Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio;  
sencillez de las aguas que apuran su corriente;  
sencillez de los árboles. . . ¡Todo sencillo y sabio,  
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!*

*Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia  
de esta bondad augusta que me llena. . .  
¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!  
¡Oh manos que vertistes en mi espíritu  
la sagrada emoción de la noche serena!*

*Como el varón que sabe la voz de las mujeres  
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,  
yo sé la plenitud en que todos los seres  
viven de su virtud, y nada solicitan.*

*Para seguir viviendo la vida que me resta  
haced mi voluntad templada, y fuerte y noble,  
oh virginales cedros de lírica floresta,  
oh pródidas campiñas, oh generoso roble.*

*Y haced mi corazón fuerte como vosotros  
del monte en la frecuencia,  
oh dulces animales que, no sabiendo nada,  
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia  
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.*

## ACUARIMANTIMA

O voi che avete gl'intelleti sani,  
mirate la dottrina che s'esconde  
sotto il velame degli versi strani.

DANTE, Inf., Canto IX, 61-63

Vosotros que tenéis sano el entendimiento,  
observad la doctrina que se esconde,  
bajo el velo de estos extraños versos.

## I

*Vengo a expresar mi desazón suprema  
y a perpetuarla en la virtud del canto.  
Yo soy Maín, el héroe del poema  
que vio, desde los círculos del día,  
regir el mundo una embriaguez y un llanto.*

*iArmonía! iOh profunda, oh abscóndita Armonía!*

*Y velaré mi arduo pensamiento  
sotto il velame degli versi strani,  
fastuoso, de pompas seculares:  
perfecta en sí la estrofa del lamento  
y a impulsos de los ritmos estelares.*

*Columpia el mar su cauda nacarina,  
e imbuida en la clámide del río  
pasa en la bruma fúlgida la carne de la ondina.  
Grana el campo nutricio, fluyen mieles,  
una deidad inflama las horas con su llama  
y loa el día azul un coro de donceles.*

*Romero: no rebose el corazón,  
por la noche de sombras evocadas,  
por la tierra de arrugas trabajadas,  
del Tiempo y el Espacio la múltiple emoción?*

*Brilla en las lejanías invioladas  
vaga ciudad, el viento da en los juncos,  
los juncos gimen bajo el viento rudo. . .  
¡Romero, que se vierta el corazón!  
Y la ternura y la tristeza mía  
cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!*

*Yo, Rey del reino estéril de las lágrimas,  
yo, Rey del reino vacuo de las rimas,  
con mis canciones ebrias  
que un son nocturno hechiza  
y con mis voces pávidas,  
anuncio las cavernas del Enigma.  
En mis siete dolores primarios se resume,  
como en alejandrino paradigma,  
la escala de dolor que el mal asume.*

*Tenebrosa, recóndita Armonía. . .*

*Mi numen, fuerte, no es aquel tan puro  
como el cerrado corazón de un monte;  
pero sobre sus ruinas de inocencias  
haré brillar, ebrio del dolor puro,  
una gota de luz del corazón del monte.*

## II

*En libre vuelo, el cielo de mi América  
hender he visto un cóndor negro, errante.  
¿Qué abismo circunscribe? ¿Qué intacta nieve augura?  
Por las arterias de los ciervos montesinos  
discurre para el cóndor la sangre enardecida,  
bajo las pieles lúcidas, entre las carnes bellas.*

*¡La presa viva! ¡el pico ensangrentado!,  
¡el ala pronta!, ¡el ímpetu del vuelo!  
Y un delirar de cumbres y centellas.*

*Así mi impulso al aura de la vida,  
y así mi Musa en su ilusión liviana*

*de que brote la carne un lirio místico.  
Bestia de los demonios poseída,  
¡oh carne, es hora ya del don eucarístico!*

*Cintila el cielo en gajos de luceros,  
y querubes de vuelos melodiosos  
revuelan de luceros a luceros.*

*Tengo la sensación de que discurro  
delante de los pórticos sagrados:  
alguien dice mi nombre a la distancia;  
brotan dulces jardines los collados  
y asume mi ternura en su fragancia.*

*Claridad estelar, templo encendido,  
rima errante por noches de pavora,  
huerto a la luz del Vésper. En olvido  
mi ser se muere, mi canción no dura,  
y fui no más un lúgubre alarido?*

*Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:  
yo soy tú, que por leyes ominosas,  
cual vano mimbre que meció una espiga  
te haces nada en el polvo de las cosas. . .  
Y la divina Psiquis, la Rosa entre las rosas?*

*Y mis amores que irisé de lágrimas?  
Y mi ciudad neblúlea tras la ilusión del día?*

*Y mis antorchas que erigí de emblema?  
Y esta inquietud, y este ímpetu anhelante  
hacia una ley o una verdad suprema?*

*Pesa sobre tus pétalos, ¡oh Rosa  
Espiritual!, tan lóbrega y cerrada  
la noche, tan vacía y rencorosa,  
que en vano el brillo de tu broche efunde.  
Amor. Deleite. Horror. Pavesas. Nada.*

*¡Nada, nada por siempre! Y merecía  
mi Alma, por los dioses engañada,  
la Verdad, y la Ley y la Armonía.  
¡Sé digna de este horror y de esta nada,  
y activa y valerosa, oh alma mía!*

*Como en la vaguedad de un espejismo:  
—¿qué sabes?— mi conciencia me interroga,  
fluída en llanto entre mi propio abismo.*

*Y miro el mar ardiente, el monte flavo  
que suaviza el azul, la estrella límpida  
rielando en el rocío del capullo;  
y en sus cunas los cándidos infantes,  
cazados con las redes del arrullo  
por el sueño de manos hechizantes.*

*Y vuelto a mí, gimiendo el corazón;  
—¿qué sabes?— vanamente me interrogo,  
mudo, bajo la múltiple emoción.*

*Sólo un saber escondo claro y justo;  
llévole como antorcha y como daga  
en medio del cerrado laberinto;  
en su vasta amplitud mi fe naufraga  
y hallo en su anchura incómodo recinto.*

*Se oyen sordos, roncros lamentos,  
y alzan sus puños en el vacío  
los pensamientos.*

*¡Oh menguado saber, pobre riqueza  
de formas en imágenes trocadas,  
ley ondeante, ciencia que alucina,  
que cada noche en el silencio empieza  
y cada día con el sol culmina!*

*¡Oh menguado saber de la iracunda  
vida que ante mis ojos se renueva,  
germinal y cruel, ciega y profunda;  
madre de los mil partos y el misterio  
que al barro humilla y a Psiquis subleva!*

*Como ventana que el azul del cielo  
circunscribe, se entreabren los sentidos.  
¡Pobre, ruin saber! Y, sin embargo,*

*la leve mariposa del anhelo  
entra por la ventana sin ruidos.*

*Cuaja en el corazón de la manzana  
la dulzura estival; la mariposa  
vuela del fondo de la carne humana.  
¡Que al claro cielo  
suba el anhelo!*

*Por ese vuelo, la heredad natía  
canté, con ritmo de ideal retorno,  
en la ingenua parábola temprana.  
En el turquí del éter desleía  
un nácar tenue mi primer mañana.*

*Por ese anhelo entre los acres pinos  
y las rosas en llamas del ocaso,  
al hablar dejo la palabra trunca:  
el tiempo es breve y el vigor escaso,  
y la Amada ideal no vino nunca.*

*Por ese anhelo, en rimas balbucientes  
canto el rojo camino que a la tarde  
se pinta en la montaña evocadora,  
o a la vívida luz del sol temprano,  
como una obsesión conturbadora  
de sange y sangre en el azul lejano.*

*Y por él amo, en fin, y por él sueño  
con una honda transfusión divina  
de la luz en mi carne de tortura  
¡puesto que está la estrella vespertina  
sobre el horror de esta prisión oscura!*

*Columpia el mar su cauda nacarina,  
y en ustorios relámpagos de espejos  
esplende en bruma de ópalo la carne de la ondina.*

*Y fulge Acuarimántima a lo lejos. . .*

*Tronco en la plenitud, hundió mi alma  
su raíz en el légamo de muerte  
que nutre las corolas de la vida,  
y dio el perfume infuso en su ramaje.  
Vuela el perfume,  
mas se consume  
ilusorio celaje  
pide al éter sutil  
que lo asume,  
y en el raudal fluído de las auras de Abril  
hace el viaje  
y se consume. . .*

*¡Oh insaciedad del hálito y la nébula,  
y el amor, y el impulso, y el anhelo!  
No un Dios pagano, pero sí su rastro.  
No el himno divo, pero sí el suspiro.  
No el mármol, mas el plinto de alabastro.*

*Y una sensualidad de antiguo giro.*

## VI

*Y fui después un numen transitorio,  
sombra y canción en la embriagante tierra,  
un sino raro y un deleite raro.  
Ya el crepúsculo estuvo el día cierra  
y lejos brilla un tenebroso faro.*

*La dama de cabellos encendidos  
fecunda con mi sangre sus huertos prohibidos.*

*Y una inquietud frenética y gozosa  
mi paz, mi sueño, mi vigor consume,  
y un huracán mi plenitud doblega.*

*¡Soy esa sombra que cruzó el camino,  
en sangre tinta, de lujuria ciega!*

*Soy esa sombra pávida, cautiva  
de un gran misterio en el Misterio oculto.*

*Huella la flor azul pata lasciva  
de cabrón negro, y el divino himnario  
sella Satán con sellos de su culto.*

*Mi pena errante con mi vino loco  
en el turbión del vicio la sepulto.  
Soy huésped de garitos y tabernas.  
Disputo al "puede ser" un pan ingrato;  
y dejo que mi carne, ruin loba  
de lúgubres anhelos arrecida,  
se me abandone al logro del deleite,  
desnuda en la impudicia de la vida.*

*Entúrbiese la clara inteligencia.  
La idea afluye en nieblas ondulantes.  
Es el goce monótona frecuencia:  
igual en el deliquio y el suspiro. . .*

*¡Dadme un beso, un contacto y una esencia,  
una sensualidad de nuevo giro!*

## VII

*Y mi mano sacrílega se tiñe  
de tu sangre, ¡oh Imali!, ¡oh vestal mía!  
Mas no fue mi ternura, fue un furor. . .  
Si de nuevo, a mis ojos resurrecta,  
te pudiese inmolar, te inmolaría.  
Ya ves, oh Imali, que no fue mi amor?*

*Gozoso aún, y pávido y tremente,  
huí a la sombra, la cerrada sombra  
que en su mudez acoge las iras y los vértigos.  
¡Un hueco en tus entrañas, tierra dura!  
¡Soledad, un refugio en tus entrañas!  
¡Tu ojo sin vista, lobreguez impura!*

*Mas la sangre fluía en chorros de carbunclos.  
Ante el cadáver lívido, sin blandones, sin túmulo,  
todo estaba sanqriento.*

#### IV

*Yo descendí de la antioqueña cumbre,  
de austera estirpe que el honor decora,  
el alma en paz y el corazón en lumbre,  
y el claro sortilegio de la aurora  
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.*

*Y fui, viajero de nivoso monte  
y umbría roza de maíz, al valle  
que da a la luz su fruta entre su llama:  
había miel de filtros de sinsonte  
que derrama canción de rama en rama.*

*Y el mar abierto, a mí divinamente  
su honda virtud hizo afluir entera:  
gusté su yodo. . . y la embriaguez ignota  
de no sé qué sagrada primavera  
bajo la paz de una ciudad remota.*

*Fulgía en mi ilusión Acuarimántima.*

*Ciudad del bien, fastuosa, legendaria,  
ciudad de amor y esfuerzo y ufanía  
y de meditación y de plegaria;  
una ciudad azúlea, egregia, fuerte,  
una Jerusalén de poesía.*

*Y como los cruzados medioevales,  
ceñíme al torso fúlgida coraza  
y fuime en pos de la ciudad cautiva,  
burlando la guadaña de la Muerte  
y la fortuna a mi querer esquivada.*

*La ondulante odisea rememoro  
con amor y dolor. . . Un linde vago,  
de súbito sangriento, ya cetrino. . .  
Un buque. . . un muelle. . . un joven noctívago. . .  
y el tono de la voz. . . y el pan marcino. . .*

*La maravilla comba, transparente,  
de las noches de Junio hacia la hondura  
de un huerto viola, en ácidos alcores;*

*y allí la levadura de mis cantos,  
hecha de mezquindad y sinsabores.*

*Y aquella niña del amor florido  
y oloroso, y ritual, y enardecido,  
el seno como un fruto no oprimido,  
y un dulzor en los besos diluido,  
y un no sé qué. . . que túrbame el sentido.*

*Y la huraña beldad, el mármol yerto  
e inconvencible; y la Infantina huraña  
que era el postrer jazmín que daba un huerto. . .  
¡Me figuro las luces de sus ojos  
como dos cirios de un cariño muerto!*

*Y el arduo afán en el impulso vario  
por resolver el canto en melodía.  
Derrame un ruiseñor en el himnario  
toda la miel del día.*

*Un rumor milenario,  
y la luz de tu lámpara, ¡oh Sophía!*

*Húmedos los cabellos —cristalinos caireles  
de agua y sol—, aún ondulan fantásticas ondinas;  
mientras danza en la luz un coro de donceles,  
por la playa, al influjo de las sales marinas. . .*

V

*Turbaban mi conciencia en el precario  
vivir, el ala inquieta, el viento vario,  
fantasmas familiares,  
misterios presentidos,  
amores y cantares  
de jóvenes floridos,  
el vino, el mar, el día en el Acuario.  
Y la meliflua vocación interna:  
sentir, cantar, en raptos doloridos  
“ser yo”, —“no ser”—, en sucesión alterna.*

—“Asesino”, “Asesino”—susurraba y se iba el viento.  
En los prados del monte fueron crimen mis huellas.  
Como vírgenes desoladas  
me bañaron de llanto las estrellas.  
En las playas de luz mojadas  
di un alarido al ver el mar que hervía;  
y huyendo en pos, en pos de la noche que huía,  
me ensangrentó la sangre horrible del alba del día.  
—“Asesino”, “Asesino”—  
susurraba y se iba el viento.

Y los pastores se negarían sus cabañas.  
Las rocas me aplastarían en sus entrañas.  
La paz es mi enemigo violento  
y el amor mi enemigo sanguinario.  
Y a qué tu sombra, oh noche del lúbrico ardimiento,  
si entre mi corazón ardía el tenebrario?

Viajó mi alma en íntimas pasiones  
de Cristos coronados de congojas:  
iel pudor!, iel honor entre sayones!  
Fui rosa negra de mil rosas rojas  
del vicio en las ocultas floraciones. . .  
Mas el azul a mi dolor heroico  
abrió su abismo de fulgencias puras,  
soles remotos, nébulas, centellas,  
y estuve opreso por las lumbres de ellas  
del hilo de oro del collar del día;  
y un anhelar de espacio dio sus alas  
a mi desconcertada poesía.

En la lluvia de gotas de mi sangre,  
tras el velo irisado de mis lágrimas,  
vago sueño —sus brumas deshacía—  
vago sueño —mi vaga Acuarimántima—.

## VIII

Retorno de tal sueño hacia la playa,  
realizado mi afán. La tierra invoca

*su ley que mis empeños desvirtúa.  
Oigo el grito del mar que me penetra,  
y ansia de paz perenne me extenúa.*

*¡El mar!, ¡el mar!, ¡el mar ambiguo y fuerte!  
Su espuma brinda a mi ruindad su imperio  
en astillas de mástiles fallidos.  
Ráfagas de misterio. . .  
Monstruos inconocidos. . .*

*No brilla, entre la niebla, Acuarimántima?  
No se oye limpia, trémula canción  
que pueda, en el aliento desvaído,  
sonar, aletargar el corazón  
y pasar?*

*No se oye nada.  
Silencio y bruma, soplos de lo arcano.  
La luz mentira, la canción mentira.  
Sólo el rumor de un vago viento vano  
volando en los velámenes expira.*

*La noche adviene, de mortuorio emblema.  
Retumba en mi recuerdo mi alarido,  
mi estéril tiempo en mi inquietud suprema.  
El trágico dolor ha concluido.  
Yo soy Maín, el héroe del poema.*

*Florece el cielo en gajos de luceros,  
y querubes de velos melódiosos  
revuelan de luceros a luceros.*

*Y no decir, y no tener palabras  
tan llenas de tu goce vespertino  
y tu sueño nupcial, ¡oh campesino  
que cruzas con tus carros rechinantes!  
En tu ilusión, un hálito divino  
te ha poblado de niños los instantes.*

*Y ver, desde esta cima de ternura  
y valeroso amor, en toda cosa  
el Enigma, el Enigma inviolado.*

*¡Oh carne!, y tú destilas el pecado,  
y... y...  
¡El Enigma, por siempre inviolado!  
Y por toda verdad, saber ahora  
que brilla el mar, que el monte se estremece,  
que fulge Sirio en el confín lejano;  
y que al frustrarse el giro de mi vida,  
al giro de la suya grana el grano.*

*La luz mentira. La canción mentira.*

*Que fui por los instintos inmolado  
ante el ara de un dios, que un soplo frío  
de lóbrego misterio he suscitado;  
que un dolor nuevo está en el plectro mío,  
y el plectro en el dolor purificado.*

*Lúgubre viento sopla entre los juncos,  
los juncos gimen bajo el viento rudo.  
Cantan en el crepúsculo.*

## IX

*Honda, inmóvil, letárgica laguna  
que semeja el sepulcro de la luna,  
se tiende hasta el límite horizonte,  
y a la tristeza vespéral se aduna  
un viento de ultramar y de ultramonte.*

*Cantan en el crepúsculo  
y un ledo son de esquilas  
vuela en el éter trémulo.  
Que mi rumor se extinga blando, tenue,  
ola en onda, onda en pompa, pompa en iris,  
como vágulo aroma en la memoria;  
y me reintegre a la epopeya trunca  
en la ciudad de nieblas de mi gloria.*

*Cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!*

*Y que olvide la brega transitoria,  
y el no ser más —y el no ser menos nunca—,  
del hilo de oro del collar del día.*

*¡Armonía! ¡Armonía!*

*Y el ancla suelte a místicas regiones,  
no humano ya mi desear: divino  
mi poseer,  
mientras en el desmayo del crepúsculo  
rueda sobre los ásperos terrones  
el carro del campesino,  
y fulgura, real, tras el velo de mis lágrimas,  
erigida por mi dolor con el mármol de mi poesía  
— ¡y mía!, imía!, imía!—  
mi neblina, azulina Acuarimántima. . .*

*¡Armonía! ¡Armonía!*

## LA ESTRELLA DE LA TARDE

*Un monte azul, un pájaro viajero,  
un roble, una llanura,  
un niño, una canción. . . Y, sin embargo,  
nada sabemos hoy, hermano mío.*

*Bórranse los senderos en la sombra;  
el corazón del monte está cerrado;  
el perro del pastor trágicamente  
aúlla entre las hierbas del vallado.*

*Apoya tu fatiga en mi fatiga,  
que yo mi pena apoyaré en tu pena,  
y llora, como yo, por el influjo  
de la tarde traslúcida y serena.  
Nunca sabremos nada. . .*

*Quién puso en nuestro espíritu anhelante,  
vago rumor de mares en zozobra,  
emoción desatada,  
quimeras vanas, ilusión sin obra?  
Hermano mío, en la inquietud constante,*

*nunca sabremos nada. . .*

*En qué grutas de islas misteriosas  
arrullaron los Númenes tu sueño?  
Quién me da los carbones irreales  
de mi ardiente pasión, y la resina  
que efunde en mis poemas su fragancia?*

*Qué voz suave, que ansiedad divina  
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?*

*Todo inquirir fracasa en el vacío,  
cual fracasan los bólidos nocturnos  
en el fondo del mar; toda pregunta  
vuelve a nosotros trémula y fallida,  
como del choque en el cantil fragoso  
la flecha por el arco despedida.*

*Hermano mío, en el impulso errante,  
nunca sabremos nada. . .*

*Y sin embargo. . .*

*Qué mística influencia  
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?  
Quién prende a nuestros hombros  
manto real de púrpuras gloriosas,  
y quién a nuestras llagas  
viene y las unge y las convierte en rosas?*

*Tú, que sobre las hierbas reposabas  
de cara al cielo, dices de repente:  
—“La estrella de la tarde está encendida”.  
Avidos buscan su fulgor mis ojos  
a través de la bruma, y ascendemos  
por el hilo de luz. . .*

*Un grillo canta  
en los repuestos musgos del cercado,  
y un incendio de estrellas se levanta,  
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,  
y en mi pecho en la tarde sosegado. . .*

## EL VERBO INNUMERABLE

### I BABEL

*Cuando las sombras fluyen bajo la luz eterna  
del crepúsculo, y vuelan en argentinos haces  
de lo alto de las torres, alígeros fugaces,  
los himnos concertados "ad incensum lucerna",*

*oigo, cual si brotaran de lúgubre cisterna,  
vocablos inarmónicos, llamamientos vivaces  
a que nadie responde, y epítetos procaces  
como rojizos lampos de la pasión interna. . .*

*Y no comprendo nada. Golpean en mi oído  
palabras errabundas — "rumores sin sentido  
de atropelladas olas en turbida marea"—.*

*Y el corazón demanda, desde su cárcel roja,  
un inspirado intérprete que el tumulto recoja  
y dé a las voces múltiples un ritmo y una idea. . .*

### II LA INTERPRETACION

*Después, sobre el pináculo donde el alcor culmina  
(¡Combado, tibio seno de una deidad yacente!)  
oigo el rumor — "persiste, persiste blandamente"—,  
y su virtud recóndita mi espíritu adivina:*

*Es Medellín, que alzando su clámide latina  
y el áureo cetro, embriágase con sangre del poniente,  
y entona un son burlesco y un cántico ferviente  
mientras le mulle un lecho la sombra y se reclina. . .*

*Es Medellín —el juego y el yunque ante la mano,  
las seculares plantas en limo cotidiano,  
y los azules ojos clavados en la altura—,*

*que dice el éter vago, con verbo innumerable,  
sus ímpetus confusos, su sueño, su inefable  
preñez, y la fatiga de su labor oscura.*

### ELEGIA DE UN AZUL IMPOSIBLE

*¡Oh sombra vaga, oh sombra de mi primera novia!  
Era como el convólvulo —la flor de los crepúsculos—,  
y era como las teresitas: azul crepuscular.  
Nuestro amor semejaba paloma de la aldea,  
grato a todos los ojos y a todos familiar.*

*En aquel pueblo, olían las brisas a azahar.*

*Aún bañan, como a lampos, mi recuerdo;  
su cabellera rubia en el balcón,  
su linda hermana Julia,  
mi melodía incierta. . . y un lirio que me dio. . .  
y una noche de lágrimas. . .  
y una noche de estrellas  
fulgiendo en esas lágrimas en que moría yo. . .*

*Francisco, hermano de ellas, Juan-de-Dios y Ricardo  
amaban con mi amor las músicas del río:  
las noches blancas, blancas, ceñidas de luceros,  
las noches negras, negras, ardidadas de cocuyos;  
el son de las guitarras,  
y, entre quimeras blondas, el azahar volando. . .  
Todos teníamos novia  
y un lucero en el alba diáfana de las ideas.*

*La Muerte horrible — ¡un tajo silencioso!—  
tronchó la espiga en que granaba mi alegría:  
¡murió mi madre!. . . La cabellera rubia de Teresa  
me iluminaba el llanto.*

*Después. . . la vida. . . el tiempo. . . el mundo,  
¡y al fin, mi amor desfalleció, como un convólvulo!*

*No ha mucho una mañana, trajéronme una carta.  
¡Era de Juan-de-Dios! Un poco acerba,*

*ingenua, virilmente resignada:  
refería querellas  
del pueblo, de mi casa, de un amigo:  
"Se casó; ya está viejo y con seis hijos. . .  
La vida es triste y dura; sin embargo,  
se va viviendo. . . Ha muerto mucha gente:  
Don David. . . Don Gregorio. . . Hay un colegio  
y hay toda una generación nueva.  
Como cuando te fuiste, hace veinte años,  
en este pueblo aún huelen las brisas a azahar. . ."*

*¡Oh Amor! Tu emblema sea el convólvulo,  
la flor de los crepúsculos!*

## NOCTURNO

*¡Oh!, qué gran corazón el corazón del campo  
en esta noche azul y pura y reverente,  
todo lleno de amor y de piedad sagrada  
y fuerza suficiente!*

*Yo le escucho latir y comprendo mi vida:  
me parece tan clara, tan profunda, tan simple,  
y tiene como el mar y el monte puro  
su raíz en el tiempo sumergida. . .*

*Yo le siento latir, y una onda inefable  
y cordial y vital me conforta,  
y no pienso que soy un barro deleznable,  
y que la brega es dura y corta.*

*Toda inquietud es vana; la desazón soporta  
—me está diciendo a voces un amigo interior—  
El minuto es florido, sonoro y halagüeño,  
el corazón del campo te dará su vigor  
para entrar en el último sueño. . .*

## VIRTUD INTERIOR

*Llego aquí como ayer sencillamente;  
y en medio de los campos  
abandono mi cuerpo  
sobre la hierba fácil.*

*Ni voces que interrumpen la secreta  
comunidad de la vida;  
ni libros imponentes  
ni exceso de palabras.*

*Dulce cielo otoñal sobre las calles;  
el agua limpia, el césped, la inefable  
sencillez de las cosas;  
y yo, sin ligaduras,  
buscando el rumbo cierto  
a la sombra de Dios que me sustenta.*

*Y la emoción que me darán los hálitos  
del bosque, santamente,  
y el éxtasis divino del silencio  
debajo de los árboles. . .*

*La noche azul me cubre;  
mi frente se circunda  
de lirios y de estrellas,  
y nace mi bondad y va fluyendo;  
y en la inquietud absorto,  
sobre la hierba trémula,  
mi corazón humilde  
ama todas las cosas. . .*

*Y siento hervir mi sangre,  
y quiero derramarla,  
y esta virtud cruenta  
me va purificando. . .*